

Et

SECRETO

de las

NUBES

ALYSON
RICHMAN



UNA HISTORIA ENTRAÑABLE SOBRE EL AMOR DE UNA MADRE,
LA PROMESA DE UNA MAESTRA Y EL CORAZÓN DE UN NIÑO

Una historia conmovedora sobre la lucha, la amistad y el poder de la esperanza.

Yuri nació con una extraña enfermedad cardíaca y está condenado a vivir recluido en su cuarto, no puede convivir con otros niños ni ir a la escuela. Los doctores creen que su padecimiento está relacionado con el accidente de Chernóbil. Sus padres, una pareja de artistas ucranianos que abandonó su país tras el desastre nuclear, le procuran una profesora privada, Maggie, una joven neoyorquina que decidió dejar su exitosa carrera en Wall Street por una vida tranquila en Long Island. Pronto ambos forjan una profunda conexión, donde la curiosidad ilimitada y el optimismo excepcional de Yuri inspirarán a Maggie para realizar cambios difíciles en su propia vida y encontrar la fuerza cuando más la necesita.

Para Zachary Wyatt y Christina Tudisco.

Nadie ha medido jamás,
ni siquiera los poetas,
cuánto puede contener un corazón.

ZELDA FITZGERALD

Prólogo

26 de abril de 1986
Kiev, Ucrania

Ella camina por las calles empedradas y mueve su cuerpo ligero con rapidez. Casi siempre viste varias capas de suéteres delgados y usa una bufanda holgada enrollada al cuello. Hoy, sin embargo, el día está extrañamente caluroso y el sol irradia con el cielo azul pálido como fondo.

Todos en la plaza celebran esta sorpresiva onda de calor. Las mujeres llevan vestidos de algodón por primera vez en meses. Los viejos en el parque juegan ajedrez con las mangas recogidas arriba de los codos. Los niños, junto a sus padres, están metidos hasta las rodillas en el agua del río, en el que por lo general no se puede nadar antes de julio.

El calor. El sol. La luz. Durante unas cuantas horas, en la privacidad de su jardín, Katya se había empapado de esa luz inesperada. Pero ahora da un salto juguetón para esquivar un charco de agua enjabonada que dejó el barrendero. Su leotardo está oculto debajo de una delgada blusa negra. Debajo de su falda se asoman las piernas torneadas de una bailarina. Camina como si no tocara el suelo, balanceando los brazos, con la bolsa al hombro. Su rostro es pálido y el pelo rubio lo lleva bien recogido en un chongo.

Al acercarse al teatro, nadie repara en Katya cuando abre la pesada puerta y sube las escaleras de cemento ha-

cia los estudios de *ballet*. Dentro, las persianas están completamente abiertas para dejar entrar la luz. Mientras las bailarinas hacen estiramientos, sus sombras imitan los movimientos sobre la duela. Como fantasmas oscuros resucitados por el sol.

1

Déjame contarte un secreto. Hay un tipo de persona único en el mundo: uno que irradia luz incluso a través de un velo de oscuridad.

Como maestra he visto toda clase de cosas en los ojos que me miran: al niño que odia la escuela y desearía estar fuera del salón; al que busca complacer a todos; al pequeño adormilado de ojos vidriosos, y al que invariablemente está perdido en sus fantasías. Hay momentos raros, sin embargo, en los que un estudiante se sienta frente a ti y tienes la certeza repentina –no sabes bien el porqué de esa sensación– de que se trata de alguien distinto.

No hay que confundir a este estudiante del que hablo con el alumno ambicioso, ni tampoco con el que tiene un talento innato para presentar exámenes. No; este niño, el que te da la impresión de que es extraordinario, es el que te regresa todo lo que le das y aún más. Él o ella se vuelve tu faro y cada palabra que pronuncias de pronto tiene un destinatario. Es como si estuvieras dando clases hacia su luz.

En el otoño de 1999 conocí a Yuri, un estudiante que un día me enseñaría cosas que jamás habría aprendido en la escuela. Yo era joven y me había graduado del Columbia Teachers College dos años antes. Había abandonado el primer trabajo que conseguí al salir de la universidad, como asistente personal en un famoso despacho de relacio-

nes públicas de Nueva York, donde mis días eran tan demoralizantes y estúpidos que a veces pensaba que sería mucho menos doloroso comer vidrio que pasar doce horas atendiendo las pantagruélicas necesidades de mi jefe. Seguí el consejo de mi madre, con la esperanza de encontrar algo que restaurara mi fe en la humanidad y diera sentido a mi vida, y renuncié para volver a la universidad y titularme como maestra.

Para ser honesta, mi pasión por la docencia se transformó casi en fanatismo después de cambiar de carrera. La emoción de dar clases a niños se origina en el hecho de que ellos son auténticos a diferencia de los adultos. Uno halla verdades en cada salón de clases, y yo disfrutaba de esa pureza como si se tratara de un vaso de agua fresca. Quería ser la maestra que lee en voz alta a sus estudiantes para que escuchen la música de las palabras, como lo había hecho mi profesora de Literatura en sexto grado. En el fondo, tenía la convicción de que una historia era capaz de cambiar a la gente y que, si uno lo leía con la suficiente concentración, un buen libro podría transformarle el alma.

Era el segundo año que daba clases de Lengua y Literatura Inglesas a sexto grado en la Escuela Secundaria Franklin y rebosaba optimismo. A mi alrededor todo parecía lleno de posibilidades. Mi novio, Bill, y yo recién nos habíamos mudado juntos. Durante los primeros cuatro años, después de graduarnos de la Universidad de Míchigan, habíamos vivido a unas cuadras el uno del otro, en la frontera entre el Upper East Side y el Harlem hispano, donde la renta era relativamente barata y abundaban los bares. Pero me cansé de ver profesionistas veinteañeros que se relajaban frente al televisor en los bares deportivos, entre cientos de gorras de beisbol. Además, el trayecto diario desde la ciudad de Nueva York hasta mi trabajo en Long Island me estaba matando. Necesitaba respirar aire fresco

y tener un patio trasero. Imaginaba las mañanas de domingo leyendo el periódico y cruzando miradas con Bill entre el humo de las tazas de café. Quizás hasta nos compraríamos un perro.

En un principio, Bill se resistía. Él disfrutaba de la comodidad de comprar un café y un bagel junto con el *New York Post* en su tienda favorita antes de tomar la línea 6 del metro cada mañana para ir a su oficina en Midtown, donde vendía seguros corporativos. Amaba que hubiera cincuenta locales distintos de comida a domicilio para escoger si tenía algún antojo después de la medianoche. Empezaba a ganar dinero y estaba feliz de tener dónde gastarlo. Se compró un juego de palos de golf y se consintió adquiriendo un palco para los partidos de los Mets y para conciertos en el Madison Square Garden.

Sin embargo, durante los meses siguientes, nuestros amigos más cercanos que estaban en pareja comenzaron a anunciar, uno a uno, su decisión de abandonar la ciudad y mudarse a donde hubiera más pasto y las filas para desayunar en domingo no fueran de una hora. Una noche, en Ray's Pizza, Bill comentó que la migración había comenzado.

—¿Y por qué tengo que ser yo el último que quede? — Se limpió la boca con una servilleta—. Quizá tengas razón, Maggie; hay que mudarnos a los suburbios.

Terminamos por rentar una pequeña cabaña en Stony Brook, una zona de Long Island que se parecía más a Nueva Inglaterra que los pueblos más elegantes próximos a Manhattan. Hallé el anuncio de la casita en el periódico local *PennySaver*, una gacetilla de descuentos que tenían mis padres en su casa, y lo encerré en un círculo con tinta roja brillante. La ubicación era perfecta. Quedaba cerca de la secundaria en la que yo daba clases y Bill estaba feliz porque su empresa tenía una sucursal no muy lejos de ahí.

Sentía que estaba en camino de convertirme en una adulta de verdad, a la madura edad de veintiséis años.

La parte más romántica de mi ser estaba encantada con la nueva casa. La pequeña cabaña de madera blanca con persianas rojas y aldaba de latón parecía salida de las páginas de un libro para niños. Otros quizá no la habrían querido por los techos bajos o la falta de clósets, pero a mí me convenció la agente de bienes raíces cuando dijo que tenía «un encanto de estilo antiguo». ¿A quién no le fascinan las macetas llenas de petunias moradas y magenta al pie de las ventanas? ¿Quién necesita aire acondicionado cuando enormes árboles de tilo sombrean su tejado azul?

—Intentemos negociar un poco la renta —sugirió Bill.

El empresario que llevaba dentro siempre se emocionaba frente a la oportunidad de obtener un mejor trato. Pero lo ignoré. La agente de bienes raíces nos mostraba la chimenea de leña y yo no quería distraerme de lo que nos decía sobre el trabajo de las molduras talladas a mano.

—Esa es toda la calefacción que van a necesitar en el verano. —Se rio, señalando los leños de cerezo que los dueños habían apilado a un lado con gran minuciosidad.

¡Trato hecho! Desde ese instante me imaginé envuelta en una frazada, leyendo a Toni Morrison frente a la chimenea encendida.

Al final del recorrido, Bill dio las gracias a la agente y le prometió que nos pondríamos en contacto con ella en unos cuantos días. Esperé a que se adelantara unos metros antes de jalar a la agente hacia mí.

—¡Nos la quedamos! —le dije apretándole el brazo. No podía resistirme cuando algo tenía un «encanto de estilo antiguo». Casi podía oler ya el aroma de los leños de cerezo en el fuego, y eso que estábamos a unos días de que comenzara el verano.

Nos mudamos a finales de junio, justo después de concluir mi primer año en Franklin, y me tocó desempacar la mayor parte de las cosas. Limpié el librero de madera en el pequeño estudio y lo llené con todas mis novelas favoritas. Desde que salí de casa por primera vez, cargaba con mis libros más amados, así que incluso mis obras favoritas de segundo de secundaria estaban presentes en los nuevos libreros. Mi maltratado ejemplar de *Una paz solo nuestra* y de *Un árbol crece en Brooklyn* ocupaban un lugar a un lado de adquisiciones más recientes, como *El dios de las pequeñas cosas* y *Un buen partido*. A diario, mientras Bill se iba a trabajar, yo me esforzaba por convertir la cabaña en nuestro hogar. Coloqué sobre el marco de la chimenea fotos de nosotros cuando estábamos en la universidad y corté rosas salvajes que acomodé en antiguos frascos para conservas. La chimenea ya anticipaba las noches acogedoras que vendrían.

Mientras tanto, encontré mi propio pedacito de paraíso en una silla Adirondack colocada bajo uno de los árboles del jardín. Sabía que, llegado septiembre, sería el sitio perfecto para dedicarme a calificar los ensayos de mis estudiantes. No podía esperar a descubrir los ojos brillantes que más me inspirarían durante el siguiente año escolar.

El viernes previo al Día del Trabajo llegué temprano a Franklin, ansiosa por instalarme en mi salón de clases. Llené mi Toyota plateado con una caja llena de artículos de papelería: fólderes, papel y marcadores. Cuando entré, mi amiga Suzie Price, la maestra de Arte, estaba en el pasillo engrapando hojas de colores en el periódico mural, el cual se transformaría en una galería para exhibir las obras de los estudiantes en un par de semanas.

—Hola, guapa —dijo. En realidad, Suzie era la verdadera guapa. Tenía labios rojos y cutis perfecto, y yo envidiaba la manera tan artística que tenía de arreglarse con sus pa-

ñuelos y su combinación de prendas distintas. En invierno, mientras yo estaría envuelta en un suéter de lana muy práctico, ella luciría un atuendo de chenilla con botones de vidrio marino—. ¿Tuviste un buen verano?

—¡El mejor! Se acabaron los viajes a la ciudad. Bill y yo encontramos un gran lugar..., una cabañita en Stony Brook.

—¡Qué gran noticia, Maggie! Yo voy a mudarme de casa uno de estos días. Vivir en un sótano no es bueno para el alma de una artista.

—Revisa el *PennySaver* —le grité mientras me alejaba con mi caja hacia mi salón.

El salón número 203, mi salón, estaba a la mitad del ala oeste de la escuela. Como la mayoría de las escuelas públicas de Long Island, el interior de Franklin carecía de cualquier encanto o detalle arquitectónico. Los techos eran bajos, las paredes de bloques de cemento estaban pintadas color arcilla y los pisos eran de linóleo cuadriculado. Sin embargo, casi todos mis colegas maestros disfrutaban la oportunidad de desafiar la arquitectura funcional de los años sesenta y transformaban su entorno en algo que inspirara a los estudiantes una vez que cruzaran la puerta de su salón.

Todos nos sentíamos muy orgullosos de los distintos temas que empleábamos para decorar nuestra aula. Ese verano pasé varias semanas reflexionando sobre mi tema hasta que por fin decidí que sería «La mente es una herramienta poderosa». Pasé horas creando un molde para un boceto de cerebro con sus infinitas circunvoluciones. Después coloreé cada sección con una gama de plumones neón para destacar las dos partes. Pinté el lado izquierdo de color naranja para mostrarles a los niños el *cerebro lógico*, el sitio donde generamos el lenguaje y el análisis. El lado derecho lo pinté de rosa para simbolizar el *cerebro*

creativo, la zona que despierta la fantasía y la imaginación. También hice un cerebro en miniatura para cada uno de mis veinticuatro estudiantes y escribí sus nombres en el centro con un grueso marcador negro. Me apresuré para llegar al salón; tan deseosa estaba de empezar a trabajar en mi periódico mural.

Al entrar al salón, para mi sorpresa, encontré una pequeña nota del director pegada en el escritorio:

Señorita Topper:

Necesito hablar con usted cuando le sea posible. Estaré en mi oficina todo el día. Pase cuando lo crea conveniente.

Muchas gracias.

T. Nelson.

Me pregunté de qué podría querer hablar conmigo en mi primer día de vuelta al trabajo. Me miré en el espejo, respiré profundo para tranquilizar mis nervios y me preparé para ir a verlo.

El director Nelson estaba parado frente a su archivero de metal cuando entré a su oficina. Un ventilador de escritorio hacía circular el aire caliente en el rincón.

—Qué gusto verla, Maggie. —Me hizo una seña para que me sentara—. ¿Tuvo un buen verano?

—Sí, muchas gracias. Pero estoy muy contenta de regresar a clases.

—Me da mucho gusto escucharlo. —Sonrió, caminó hasta su escritorio y se acomodó en su silla—. Le tengo una petición poco usual... —Se acercó hacia mí y añadió—: Maggie, estoy muy satisfecho con su trabajo del año pasado. Aporta un entusiasmo envidiable al salón de clases.

Me sonrojé y estaba por rechazar el elogio, cuando el señor Nelson alzó la mano para pedirme que no lo hiciera.

—No hay necesidad de decir más sobre ese tema. Solo quería que supiera que espero que su segundo año sea espléndido aquí en Franklin. —Se aclaró la garganta y agregó—: Y, de hecho, estoy tan satisfecho que pensé en usted de inmediato cuando me llegó este encargo especial del superintendente.

—Suenan intrigante... —Sentí que me atravesaba una oleada de energía nerviosa.

—Un niño que acaba de mudarse a este distrito entra este año a sexto grado. Estaba inscrito en su clase, pero, por lo que me he enterado, nació con un defecto cardíaco que lo tiene realmente debilitado.

Sentí cómo el estómago se me estrujaba.

—Dado que está demasiado débil para acudir a la escuela, la administración estuvo de acuerdo en enviar tutores a su casa para que no se retrase. Y yo esperaba que usted fuera su tutora de Lengua y Literatura.

Tamborileó con dos dedos sobre el escritorio, en espera de mi respuesta.

—Obviamente deseamos que el chico recobre la fuerza y se una a su clase más adelante en el año —continuó—. Pero, por lo pronto, el distrito le pagará a usted por visitarlo después de concluir con sus clases aquí. Estábamos pensando que, para empezar, fueran dos días por semana. La administración dispondrá de otro tutor para que ayude al alumno con las materias de Matemáticas y Ciencias, pero me parece que no será de Franklin. —Cruzó los brazos sobre el escritorio y preguntó—: ¿Suenan como algo que pueda interesarle, señorita Topper?

La emoción que había sentido unos segundos antes se transformó en pánico. En mi mente apareció un recuerdo de mi infancia: una niña enferma con los ojos pegados a la ventana de su habitación cuando el autobús escolar pasaba por su casa.

Pude sentir cómo se me iba el color del rostro y se me paralizaba la mente. Quería decir algo profesional y bien-intencionado, como lo maravilloso que resultaría dar clases particulares a un estudiante, o que sería un privilegio ser la tutora de un niño con necesidades especiales; pero las palabras me fallaron. Lo único que percibía era cómo me retorció de nervios en la silla.

—Entonces, ¿puedo contar con usted, Maggie? —El director Nelson se acercó a mí una vez más.

Tragué saliva, desesperada por hacer cualquier cosa que me permitiera, al menos, responder, pero no podía dejar de pensar en Ellie, mi vecina de la niñez.

—¿Cómo se llama el alumno? —me obligué a preguntar.

El director Nelson alzó una hoja de papel de su escritorio y entrecerró los ojos.

—Yuri Krasny —leyó con rapidez—. No tengo idea de si estoy pronunciándolo bien...

—¿Yuri? —repetí el nombre. Sonaba exótico e interesante. No como los Michaels y Jonathans que abundaban en Franklin. Me sentía atrapada en un torbellino de emociones: quería ayudar a un niño necesitado y al mismo tiempo temía por la carga emocional que llevaba a cuestas desde hacía quince años—. Sé que ser tutora es una oportunidad muy especial. Sin embargo, ¿le importaría si aprovecho el fin de semana largo para pensarlo? Quiero estar segura de que no tendré demasiadas cosas por las tardes.

El director Nelson parecía sorprendido.

—Bueno, claro, Maggie. —Se colocó el lápiz tras la oreja y se alejó de su escritorio impulsándose en su silla; las ruedas rechinaron sobre el piso de cerámica—. Revise sus horarios y avíseme el martes. Pero tendré que seleccionar a otra maestra si no está usted dispuesta, así que, por favor, no se demore más allá de esa fecha.

—Desde luego, y discúlpeme por pedirle tiempo extra.

—Espero que advierta la importancia de este encargo —añadió—. Es algo único y creo que usted está bien califica-